

caza, en cuya dispendiosa distraccion habia al fin de acabar su vida. La reina era la encargada del gobierno mientras el rey cazaba. Un dia que habia salido con sus monteros á los bosques de Foixá, mientras aquellos esperaban apostados las fieras, el rey que iba solo á caballo encontró con una disforme y furiosa loba. Espantóse acaso su caballo, ó bien acometió al rey algun accidente repentino, que no pudo saberse la verdad del caso, y de ambas maneras lo cuentan los historiadores; lo cierto es que cayó ó fué arrojado del caballo, y cuando se advirtió y se acudió á socorrerle ya no existia (mayo, 1395.) Singular coincidencia la de haber muerto de caída de caballo los dos reyes contemporáneos de un mismo nombre, Juan I. de Castilla, y Juan I. de Aragon! Por lo menos el de Castilla, aunque desgraciado en sus empresas, concibió atrevidos designios, corrió personalmente los peligros de la guerra, supo rechazar primero y negociar despues con un pretendiente tenaz á su corona y dotó de leyes el pais. Don Juan I. de Aragon no dejó otra memoria que su indolencia y las disipaciones de su córte (1).

(1) Don Juan I. de Aragon fué casado tres veces: primera con Juana de Valois, hija de Felipe VI. de Francia, de quien no tuvo hijos: segunda con Matha ó Martha, hija del conde de Armenyach, de quien tuvo á don Jaime y doña Juana: aquel vivió pocos meses, ésta casó con Mateo, conde de Foix, y pretendió la sucesion del

reino: tercera con Violante, sobrina de Carlos V. de Francia, de quien tuvo á don Fernando, doña Violante y doña Juana, de los cuales solo sobrevivió doña Violante, que casó con Luis II. duque de Anjou, que se tituló rey de Nápoles, Jerusalem y Sicilia.—Bofarull, Condes de Barcelona, tomo II.

## CAPITULO XXI.

### MARTIN (el Humano) EN ARAGON.

De 1395 á 1440.

Cómo sucedió don Martin en el reino.—Caso extraño con la reina viuda de don Juan.—Pretensiones del conde de Foix: invade el reino con gente armada: es vencido y espulsado.—Viene don Martin de Sicilia: lo que le pidieron las córtes de Zaragoza.—Estado del cisma: lo que se proponia para restablecer la unidad de la Iglesia: cómo obraban en este negocio los dos papas, y los reyes de Francia, de Aragon y de Castilla.—Obstinacion del papa aragonés Pedro de Luna.—Es cercado y atacado en su palacio de Aviñon: cesa el combate, y permanece encerrado cerca de cuatro años.—Situacion de Sicilia: rey don Martin, hijo del de Aragon: reina doña Blanca de Navarra.—Bandos interiores en Aragon: luchas entre ellos: plágase el reino de malhechores: medidas que contra ellos se tomaron: facultades que se dieron al Justicia.—Prosigue el cisma: fúgase Pedro de Luna de Aviñon: auxiliante los aragoneses.—Nuevas complicaciones entre los dos papas: estado lamentable de la Iglesia.—Predicaciones de San Vicente Ferrer.—Eleccion del nuevo pontífice en Roma: sigue el cisma.—Providencia que tomaron los cardenales de uno y otro papa: concilios de Pisa y de Perpiñan: sentencia del de Pisa: son declarados cismáticos los dos papas: proclamacion de Juan XXIII.—Triunfos de don Martin de Sicilia en Cerdeña: muere sin dejar sucesion: herédale don Martin de Aragon, su padre.—Ultimos momentos de don Martin de Aragon: muere tambien sin heredero directo.—Pretendientes á la corona: turbaciones: lastimosa situacion del reino.

No habiendo dejado don Juan I. á su muerte hijos varones, tocábalé la sucesion de los reinos, asi por los testamentos de sus antecesores, como por el del mis-

mo don Juan, al infante don Martin duque de Monblanch, su hermano, que se hallaba en Sicilia reduciendo aquel estado á la obediencia del rey don Martin su hijo. Asi lo reconocieron sin contradiccion las córtes de Cataluña, dando desde luego el título de reina á la duquesa de Monblanch que se hallaba en Barcelona, y enviando una embajada á Sicilia para suplicar al infante don Martin á que viniese á tomar posesion de sus reinos (1395).

Ocurrió muy en el principio un incidente extraño, que referiremos, asi por la prevision y cordura con que en él se obró, como porque puede servir ó de leccion ó de aviso á otros pueblos en casos análogos. Díjose que la reina viuda doña Violante, y ella lo aseguraba tambien, quedaba embarazada del rey don Juan. Súpolo la nueva reina doña María, esposa de don Martin, que ya gobernaba en ausencia de su marido, é inmediatamente nombró una junta ó consejo de varones respetables para que requiriesen á la viuda del último rey que declarára la verdad de lo que sobre aquel asunto hubiese. Hiciéronlo asi los del consejo, y la reina declaró ser realmente cierta su preñez, «y con síntomas masculinos,» añade un cronista de aquel reino, soltando ademas alguna espresion de amenaza sobre la mudanza que podria haber todavía en el estado. Entonces los consellers nombraron cuatro matronas «honradas y sabidas,» ó dueñas que dicen los antiguos historiadores, que estuviesen conti-

nuamente en su compañía y encargadas de su guarda y asistencia. «Pero lo del preñado (dice el autor de los Anales de Aragon) fué de manera que no salió á luz, y la nueva reina quedó libre de aquel cuidado (1).» De estas palabras un tanto ambiguas, y que otros cronistas no aclaran mucho mas, infiérese que lo del embarazo habia sido una ficcion, que sin la prevision y diligencia esquisita de la reina y de sus consellers hubiera podido traer trastornos al reino.

Por su parte el conde Mateo de Foix, casado con doña Juana, la hija mayor del monarca difunto, se presentó como pretendiente al trono aragonés en virtud de los que llamaba legitimos derechos de su esposa á la sucesion de aquel reino; y reuniendo y pagando las compañías de gentes de armas que andaban como desmandadas y dispersas por Provenza y Languedoc, se preparaba á invadir el suelo aragonés. La nueva reina, sin intimidarse, tomó sus medidas para la fortificacion y defensa de las fronteras, y congregó córtes generales representadas por sus cuatro brazos, para que respondieran á los mensageros que con cartas de reclamacion habia enviado el de Foix. No solamente rechazó la asamblea la pretension del conde, fundándose en el testamento del rey don Pedro, y en el del mismo don Juan que hizo leer, sino que dijo enérgicamente á los enviados del de Foix que se maravillaba de que hiciese una pretension tan

(1) Zurita, Anal., lib. X., c. 57.

desvariada y loca, y acordó lo conveniente á la seguridad del territorio, tomando entre otras precauciones la de encerrar en un castillo al conde de Ampurias, por sospechoso de dar favor al conde pretendiente.

Mas no por eso desistió éste de su propósito, que es siempre admirable la obstinacion y persistencia de los que aspiran á ceñir uua corona; y en octubre de 1395 se vió al conde de Foix franquear el Pirineo con una hueste de cinco mil hombres de todas armas, de á caballo la mayor parte. Venia tambien con él la condesa. Con la noticia de la invasion se juntaron espontáneamente en córtes los cuatro brazos ó estados de Aragon en Zaragoza para proveer á la defensa de la tierra, é hicieron en ellas un acuerdo para que se entendiese que cualesquiera que fuesen sus providencias habria de ser sin causar lesion ni perjuicio á los fueros, usos, costumbres y libertades del reino; que nunca y en ningun caso se olvidaba este pueblo de mirar como su primer deber la conservacion de su libertad <sup>(4)</sup>. Se nombró el general y los capitanes que habian de mandar las tropas, se hizo la distribucion de estas, y se señaló el sueldo que se habia de dar á cada hombre de armas y á cada soldado. Entretanto los condes de Foix y su gente, á pesar de algunos reencuentros que habian tenido, habian ido avanzando hasta Barbastro, donde pensaron hacerse fuertes,

(4) Zurita, Anal., lib. X., c. 61.

y en cuyo arrabal llegaron á alojarse. Mas fué tan heróica la defensa que los moradores hicieron desde la ciudadela, no obstante estar mal fortificada, que aquella resistencia desbarató todos los proyectos del de Foix. En Monzon, en Cariñena, donde acudió el mismo arzobispo de Zaragoza con su compañía, eran escarmentados los invasores, que al fin tuvieron que abandonar el arrabal de Barbastro. Marcharon hácia Huesca, y en todas partes encontraban ya enemigos que les disputáran el paso sin dejarles un momento de reposo. Era el mes de diciembre, y sin poder tomar en estacion tan cruda punto alguno fortificado donde esperar nuevas compañías que de Francia aguardaban, fuéronse recogiendo arrebatadamente por Ayerbe al reino de Navarra para entrar en Bearne, perdiendo en su retirada mucha gente. Un refuerzo de mil doscientos combatientes que intentó penetrar por el valle de Aran, fué rechazado por el conde de Pallás, que no permitió que entrase un solo hombre. Tal fué el remate que por entonces tuvo la loca tentativa del conde de Foix, quien no por eso dejaba de proferir amenazas y de hablar de futuras invasiones, que esperaba habrian de ser mas felices (1396). La muerte que á poco tiempo le sobrevino libró á Aragon de un enemigo mas importuno y molesto que temible.

Cuando don Martin recibió en Sicilia la noticia de la muerte de su hermano y de su proclamacion, ya

con su valor y su perseverancia habia reducido una gran parte de aquella isla á la obediencia de los reyes sus hijos. Muchos de los barones rebeldes se le sometieron al saber que habia heredado el reino de Aragon, temiendo el acrecentamiento de su poder. Solo quedaban algunos aragoneses pertinaces. Dejando pues á su hijo don Martin en posesion de casi todo el reino siciliano, y señalados los principales que habian de componer su consejo, se hizo á la vela en el puerto de Mesina (1396); y comprendiendo la utilidad de su presencia en Cerdeña y en Córcega, permaneció algun tiempo en aquellas posesiones tan costosas á la corona aragonesa, proveyendo á la defensa y seguridad de los castillos que se mantenian por Aragon. Pasando despues á Marsella, una escitacion del papa Benito le movió á llegarse á Aviñon, donde fué recibido con grandes festejos. Hecho alli juramento de homenaje por los reinos de Cerdeña y Córcega á su compatricio el nuevo papa, antiguo arzobispo de Zaragoza, tratóse del negocio del cisma, y empleáronse nuevos medios, de acuerdo con el rey de Francia y otros príncipes, para venir á una concordia entre los dos pontífices Benito y Bonifacio. Cruzáronse embajadas de una á otra parte, y todos parecia desear que terminára aquella lamentable escision amigablemente, mas al llegar al punto de la renuncia deshacíanse las negociaciones y se perdía todo lo adelantado. Vista por el rey de Aragon la dificultad de

arreglar negocio tan árduo, despidióse del pontífice electo en Aviñon y se vino para Barcelona (1397).

Suplicáronle y le requirieron con mucha instancia las córtes de Zaragoza que viniese á esta ciudad á jurar los fueros y libertades del reino, como lo acostumbraban todos los reyes de Aragon antes de ser coronados. Contestó don Martin que asi lo haria y cumpliria en cuanto proveia lo conveniente á la defensa de Cataluña, pero le detuvieron en Barcelona tres graves asuntos: primero, el proceso que se hizo contra el conde de Foix y contra la infanta su muger, á quienes se condenó como á vasallos rebeldes: segundo, enviar socorros de dinero y galeras á Cerdeña, cuya situacion se hacia cada dia mas insegura y apurada, y tercero, el delicado negocio del cisma. Instaba el rey de Francia por la renuncia de Pedro de Luna, ó sea de Benito XIII., conforme á lo convenido en el cónclave, para de esta manera facilitar tambien la abdicacion de Bonifacio IX. Habia logrado el monarca francés persuadir al de Castilla (que lo era Enrique III.) á declararse por este partido. Oponíase el aragonés queriendo amparar al papa Benito. El medio que éste proponia era que se viesen los pontífices, el de Aviñon y el de Roma, en un lugar seguro, y que dentro de un término señalado acordasen los dos á su voluntad el camino mas breve que conveniria seguir para poner remedio al cisma, y que dentro de aquel plazo diesen á la Iglesia y á la cristian-

dad un solo verdadero y universal pastor, y que de no hacerlo así renunciarían ambos el derecho que cada cual creía tener al pontificado. En estas propuestas y contestaciones se pasó hasta el mes de setiembre sin que nada se adelantara. Abandonaban en tanto al de Aviñon sus cardenales, pero él hacia nuevas promociones, y no daba trazas de resignar su dignidad pontificia.

Vinose por último el rey don Martin á las córtes de Zaragoza (13 de octubre, 1397), donde juró en manos del Justicia de Aragon guardar y hacer guardar inviolablemente los fueros establecidos por su padre don Pedro IV. en las célebres córtes de 1348, y todos los demas fueros y privilegios vigentes en los reinos de Aragon y de Valencia. Y en otras córtes generales que convocó para el mes de abril siguiente (1398), pidió que se reconociera y jurara sucesor del reino á don Martin rey de Sicilia su hijo. Respondióle á esto el arzobispo de Zaragoza á nombre de toda la asamblea que se haria asi, siempre que les diese seguridad de que el dicho don Martin de Sicilia vendria á su tiempo á Zaragoza á jurar personalmente en córtes que mantendria sus fueros y libertades, y que guardaria el estatuto de la union de los reinos, y á condicion tambien de que el rey su padre no se partiría de alli hasta satisfacer las enmiendas y agravios que en aquellas córtes se presentarían. Hechas por el rey estas promesas, se reconoció y juró á don Martin rey de

Sicilia, por sucesor y heredero del reino de Aragon despues de los dias del rey su padre, y se otorgó á éste un servicio de treinta mil florines, con mas otros ciento treinta mil para desempeñar el patrimonio real; señalada generosidad de las córtes para aquellos tiempos.

Eran continuas las rebeliones é interminables las guerras de Cerdeña y de Sicilia. Una nueva revolucion de este último reino hizo necesaria la expedicion de una armada aragonesa, con que se logró someter los principales rebeldes. Al propio tiempo la ciudad de Valencia y la gente de Mallorca espontáneamente armaban una flota y la enviaban á combatir los moros de la costa de Bugía: apoderáronse alli de algunos lugares, que pusieron á saco, y no sabemos lo demas que hubieran hecho tan atrevidos expedicionarios, si un recio temporal no los hubiera obligado á recogerse á sus naves y retirarse á Denia para reparar sus galeras. Asombra ciertamente el poder marítimo que en aquel tiempo alcanzaba el reino aragonés, puesto que ademas de dominar tres grandes islas de Italia perpétuamente agitadas de revueltas, aun le quedaban fuerzas y ánimo para salir á devastar el litoral africano.

El negocio grande, importante, inmenso, político y religioso á la vez, que entonces preocupaba no solo al reino de Aragon, sino á todos los reinos cristianos, era el del cisma que desgraciadamente continuaba

afligiendo la Iglesia, sostenido ya principalmente por el obstinado y tenaz Pedro de Luna. A escenas de dolor y de escándalo dió lugar este impertérrito y terco aragonés. Ni porque el rey de Francia y los cardenales y el clero francés se apartaran de su obediencia, ni porque le abandonaran los reyes de Nápoles y de Castilla, ni por ver declarado contra él el pueblo mismo de Aviñon, por nada accedia el obcecado Luna á hacer dimision del pontificado en obsequio á la paz y unidad de la Iglesia porque todo el mundo suspiraba. El mismo rey don Martin de Sicilia estuvo á punto de reconocer por único verdadero papa á Bonifacio IX. si no le hubiera contenido su padre el rey de Aragon, único defensor del antipapa Benito. Vióse éste cercado en su palacio de Aviñon, y combatido por las tropas francesas y por las gentes de la ciudad misma. Defendíanle en aquella fortaleza algunos cardenales, clérigos y soldados, catalanes, aragoneses y valencianos, que entre todos no llegaban á trescientas personas. Entre ellos se hallaba el célebre Fray Vicente Ferrer, del orden de predicadores, cuya doctrina y santidad fué despues tan venerada. El palacio fué batido con máquinas é ingenios; hiciéronse minas y contraminas, y hubo ocasion en que los minadores fueron cogidos y muertos dentro de la mansion pontificia. El ánimo y valor del papa aragonés para resistir estos combates, que duraron siete meses, fué tan grande como su tenacidad. La noticia de que

navegaba por el Ródano una flota catalana en auxilio de Benedicto, movió á los de Aviñon á suspender los ataques y á concertar una tregua de tres meses. Convínose por parte del rey de Francia en que si Pedro de Luna prometiese renunciar, y despidiese la gente de armas que tenia consigo dentro de su palacio, él negociaria con los cardenales y con la gente de Aviñon que se apartáran de las vias de hecho, y se sometieran á lo que decidiese un concilio congregado por los prelados que habian sido de la obediencia de Clemente; pero que entretanto no saldria de aquel lugar sin el consentimiento de los reyes que seguian su partido. Accedió á todo esto el asediado pontífice, aunque de mala gana y forzado solo por la necesidad; y combináronse las cosas de modo que pasó cerca de cuatro años encerrado en aquel palacio con grand guardia, sin resolverse cosa cierta sobre su situacion, y sin que él hiciese tampoco la renuncia que tanto se deseaba.

Coronóse el rey don Martin con suntuosa pompa y solemnidad en Zaragoza (13 de abril, 1399), é hizo la misma fiesta y ceremonia con la reina doña María. Renovó sus confederaciones y alianzas con los reyes de Navarra y de Castilla, y con una armada de setenta velas, entre galeras, galeotas y otras naves, que envió á Sicilia, acabó de someter á los condes y barones de la isla que se mantenian en rebelion y puso todo aquel reino en pacífico estado bajo la obediencia de su hijo (1400). La muerte de la reina de Si-

cilia, á la cual habia precedido pocos dias la de su hijo primogénito el infante don Pedro, hizo que quedára el reino siciliano bajo el dominio del jóven don Martin, que siguió rigiéndole con poder y facultad del rey de Aragón su padre. Los soberanos de Alemania, de Francia, de Inglaterra y de Navarra, todos movieron pláticas sobre matrimonio de sus hijas con el jóven monarca siciliano, pero á todas fué preferida doña Blanca de Navarra, hija tercera del rey Cárlos el Noble.

Mientras en esta prosperidad marchaban los negocios de Aragon en el exterior, agitábase el reino sor-damente en bandos intestinos entre los ricos-hombres y caballeros, á tal punto que hallándose el rey en Valencia en 1402 disponiendo la partida de la nueva reina de Sicilia, estallaron en abierta guerra, señaladamente entre los Gurreas y los Luñas que capitaneaban los principales bandos. A favor del desórden se plagaron las diferentes comarcas del reino de malhechores y facinerosos, en términos que ni bastaba que las ciudades se uniesen en hermandad, segun costumbre en tales casos, para la persecucion y esterminio de los delincuentes, ni alcanzaban los esfuerzos del Justicia, ni de los diputados del reino, ni del lugarteniente general que al efecto se nombró, para reprimir los crímenes y desmanes que por todas partes se cometian. Si en un punto se lograba restablecer algun tanto la tranquilidad y el órden, movíanse por otro ó recrecian las disensiones y pendencias, y desde

el Ebro á los confines de Cataluña todo ardia en guerras y turbaciones. En 1404 habian crecido tanto los odios de los partidos, que los bandos de los Centellas y los Soleres llegaron á pelear como en batalla aplazada, y asi entre estos como entre los Lanuzas y los Cerdan hubó muchas muertes y se derramó mucha sangre, de los unos en Valencia, de los otros en Zaragoza. Los diputados del reino suplicaron al rey pusiese remedio á tan fatal situacion, y en su virtud fueron convocadas en Maella córtés generales, compuestas de los cuatro brazos, clero, ricos-hombres, caballeros y procuradores (julio, 1404). El rey, aunque doliente, asistió á ellas, y despues de hablar en un largo discurso de los males que sufría el reino, y de decir á los aragoneses que ellos eran los verdaderos descendientes de los antiguos celtiberos, que nunca desamparaban á su señor en los peligros y en las batallas, teniendo por traicion no morir con él en el campo, concluyó esponiendo que queria dar órden para que su hijo el rey de Sicilia viniese á Aragon á fin de que viese y entendiese por sí mismo cómo los monarcas de este reino debian guardar y conservar las libertades de la tierra. Se dió en estas córtés facultades estraordinarias al Justicia para conocer en los negocios y delitos de los particulares, y merced al uso que de ellas hizo, se apaciguaron por entonces los bandos en Aragon. El rey prosiguió su camino á Cataluña.

Habia estado dando en este intermedio el papa Be-